



LA ACADEMIA.

PERIODICO DE CIENCIAS, LITERATURA Y ARTES.

FILOSOFÍA DE LA NUMERACION.

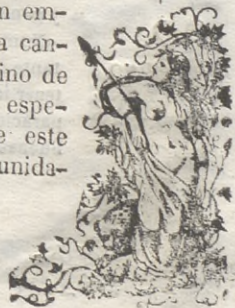


En este título acaba de ver la pública luz una obra, escrita por don Vicente Pujals de la Bastida, en la cual se trata de una reforma que considero de la mayor importancia, porque importante es todo lo que tiende á despejar y acortar distancias en la árida y emmarañada vía de las ciencias exactas. El señor Pujals, hombre, por lo visto, de talento suficiente para conocer que los matemáticos no deben dejarse arrastrar de ideas quiméricas, y que solo deben ocuparse de cuestiones que, aunque de difícil aplicación por de pronto, ofrezcan resultados positivos para el porvenir, el señor Pujals, repito, que tiene una razón clara y capaz de dominar el terreno de la ciencia y que como mortal esta bastante sujeto á las flaquezas humanas y aspira á merecer un lugar en el templo de la fama, no ha elegido para lograr su objeto ese camino tan trillado por hombres vulgares, condenados toda su vida á marchar errantes en pos de un sueño fantástico ó de una idea irrealizable, sin considerar que no estriba la gloria en luchar con grandes dificultades sino en saber vencerlas.

Compasion dá ciertamente ver á ciertos hombres alucinados, mas llenos de ambición que de talento y mas cargados de imaginación que de ciencia, entretenidos en buscar el movimiento continuo, dar dirección á los globos y encontrar la cuadratura del círculo, cosa que no llegaremos á ver hasta que descubramos el medio de hacer un círculo cuadrado. Si el señor Pujals no tuviera bastante criterio para distinguir lo posible de lo imposible, probablemente se habría engolfado en ese laberinto de investigaciones que nada notable han producido como no sea el poblar los hospitales de locos. Pero el señor Pujals, me complazco en decirlo, tiene una razón sana é ilustrada y así es que al emprender su atrevida tarea ha visto claramente la posibilidad de lograr el objeto que se propuso como lo demuestra en cada una de las páginas de su libro. Ahora bien, el objeto del señor Pujals, que aun no lo habíamos dicho, es el de

sustituir la numeración que él llama *natural*, cuya base generativa sea de *doce* unidades, á la *digital* que se compone de *diez*, lo cual ofrece á primera vista la ventaja de que puedan escribirse los números mayores empleando menos guarismos, y además de esto las que se deducen de poderse dividir el número 12, base de la numeración natural, por 2, por 3, por 4 y por 6, lo que no se verifica en la numeración digital cuya base solo comprende dos divisores, el 2 y el 5.

Por de contado, antes de desarrollar el señor Pujals su pensamiento se detiene en consideraciones importantes, en su mayor parte, de mera curiosidad otras, é insignificantes algunas, como por el ejemplo las que se refieren á la definición del número. El señor Pujals nos dá una definición suya no mostrándose satisfecho de la de *Euclides*, según el cual «Número es toda la colección de unidades de una misma especie» ni de la de *Nevvton* que dice que «Número es la razón ó relación abstracta de una cantidad cualquiera á otra de su misma especie que hayamos elegido por medida ó unidad.» Estoy de acuerdo en no conformarme con la definición atribuida á *Euclides* de la cual se deduce seguramente que la unidad no es número, ni con la de *Nevvton* porque sin duda alguna los términos en que está concebida no son bastante conocidos para que se la pueda colocar al principio de un tratado elemental de aritmética. Pero, soy franco, tampoco me conformo con la definición del señor Pujals que es como sigue: «Número es la distinción de cada cosa de la misma especie que hay en el todo» aunque me parece de las mejores que se han dado; y si á pesar de su recomendable laconismo no satisface enteramente, no consiste tanto en la falta de concepción del autor cuanto en la dificultad de hacer una definición tan completa como se apetece. Algunos han empezado por definir la unidad diciendo que esta es la cantidad ó cosa que se toma para que sirva de término de comparación ó medida respecto de todas las de su especie, y después han pasado á definir el número de este modo: «Número es la unidad ó agregado de varias unida-



des» (1). Vemos que para dar esta definicion que es la que mas me satisface, porque la creo bastante clara y al alcance de todas las inteligencias, se necesita primero saber lo que es unidad; pero es condicion precisa en todos los conocimientos humanos y principalmente en las matemáticas el proceder de lo conocido á lo desconocido, ademas de que si es viciosa la definicion del número cuando tenemos que referirnos á la unidad, no lo será menos lo de esta si para ella hemos de tener que referirnos al número.

Otra de las consideraciones en que el señor Pujals se detiene es en la numeracion verbal, acerca de la cual propone un medio ingeniosísimo de abreviacion para poder expresar un número cualquiera, empleando solamente una palabra para cada uno. Este medio, como he dicho, es ingenioso y con el mayor gusto le daria á conocer, sino fuera ageno al objeto que me he propuesto en estas líneas y que uotne permite entretenerme en digresiones de poco valor comparadas con el asunto principal de la obra que voy criticando.

Es, sin embargo, muy digno de exámen todo lo que el señor Pujals dice relativamente á la numeracion de los an-

tiguos, al origen de la numeracion escrita moderna, y es curiosísimo sobre todo lo que dice respecto al modo de disponer la numeracion verbal y escrita con las bases que se quiera y reduccion de los números á la numeracion que se quiera tambien. Pero todo esto, como llevo dicho, no debe ocupar nuestra atencion, sino en lo que pueda referirse, como veremos mas adelante, á la ensenanza de la numeracion natural, para lo que algunas consideraciones de la obra, que hoy dejo pasar por alto, servirán indudablemente como indispensables preliminares. Pujals se ocupa de estos pomenores antes de entrar en el fondo de su objeto que se reduce á la demostracion de la conveniencia de que se prefiera la numeracion natural á la digital, en lo cual estoy conforme con dicho señor, aunque no se me oculta que una reforma de esta especie no puede imponerse facilmente que su adopcion corresponde al progreso lento del tiempo y de la esperiencia. Otro dia trataré de este asunto, sino con los conocimientos que yo quisiera, al menos con la imparcialidad y buen deseo que me anima para dilucidar cuestiones tan importantes y de tan útiles aplicaciones para la ciencia.

J. M. VILLER GAS.

DIOS ES LO BELLO ABSOLUTO.

FARGMENTO ESTRAIDO DE UN POEMA INEDITO TITULADO:

EL BELLO IDEAL.

I.

¿Qué es lo bello?... El filósofo responde:—

—«La armonía del todo con la parte;

La proporcion, la regla, el gusto, el arte».....—

¡Infecunda y falaz definicion!

Lo bello no se mide, no se explica:

Se vé, se siente. La filosofía

En vano tras su análisis porfia:

Su respuesta no es mas que una abstraccion.

¿Qué es lo bello?... Escuchad al ambicioso:—

«Es la gloria, el poder, la fama, el nombre».—

Tambien en esto se equivoca el hombre.

Lo bello por su esencia es inmortal.

¿Qué es lo bello?... Y responde el sibarita:—

El placer, el festin, la melodía,

Danzas, perfumes, cánticos y orgía.»—

No es tampoco lo bello un lodazal.

¿Qué es lo bello?... Al artista preguntadle:

Es del sol en Oriente la hermosura,

Es la sonrisa de una virgen pura,

Es la córola abierta de la flor».....—

¡Belleza momentánea, transitoria!

En lugar de ese tipo pasajero,

De ese objeto mortal, perecedero,

Que pierde, apenas nace, su esplendor;

Mostrad á mis miradas anhelantes

La flor que en tiempo alguno se marchita,

La sonrisa que alguna vez no agita

La fiebre inevitable del dolor;

Mostradles ese sol que no se eclipsa,

Ese sol sin Ocaso, sin Oriente,

Su juventud, sin senectud, luciente

Con igual, con eterno resplandor.

¡Oh poetas! ¡Oh artistas! Esa imagen

De la flor que la luz siempre colora,

De la plácida faz encantadora,

Que nunca en llanto el sonreír trocó;

Esa imagen de un sol siempre radiante

Sin origen, sin fin, jóven, anciano,

Esa imagen que busca el génio humano,

Es la imagen espléndida de Dios.

Es el tipo inmortal de lo perfecto,

Que nada eclipsa, que no altera nada;

Es la imagen ingénita, increada,

Que el hombre lleva impresa en su interior;

Es el modelo eterno del poeta;

Es del artista el eternal modelo.

Siempre la inspiracion bajó del cielo;

Crear el hombre es descubrir á Dios.

(1) Se me dirá que esta definicion carece de esa generalidad que se requiere para poderse aplicar á todos los casos, pues seguramente segun ella, resulta que los quebrados no son números, puesto que no se componen de la unidad ó agregacion de varias unidades sino de partes de la unidad, y yo convengo en ello, confesando que bajo este concepto es preferible la definicion del señor Pujals, aunque por otra parte me parezca algo oscura y metafísica. Creo por lo tanto que la mejor definicion que se ha dado del número, es decir la mas exacta, lacónica y general, es la de Nevvton, abreviada por Vallejo del modo siguiente: «Número es la relacion de una cantidad con la unidad.» Si no es bastante clara para todos esta definicion, si para comprenderla es preciso tener idea de lo que matemáticamente se entiende por relacion ó comparacion, esto, lo repito, consiste en la inmensa dificultad de hacer buenas definiciones sobre todo en asuntos abstractos.

¡Cread! ¡Cread! Que en vano creareis,
Sino libais en la divina fuente:
En vano empuñareis la arpa gimiente,
El pincel, los buriles y el punzon.
El arpa rodará al inmundo cieno:
Rebelde el mármol tornaráse inerte:
El lienzo espresará solo la muerte:
El génio abdicará la inspiracion.

¡Cread! ¡Cread! Si en el Calvario alzado
Escuchasteis al *Justo* moribundo
Perdon á sus verdugos, paz al mundo
Ofrecer desde lo alto de la cruz,
Y en sangre tintas las divinas palmas,
Y en sangre tintos los cabellos de oro,
Pedir al Padre con piadoso lloro
Para el ciego mortal la eterna luz;

Si al recordar tan prodigiosa escena
En amor vuestro pecho no se inflama;
Si no sentis en la celeste llama
El entusiasmo arder, crecer la uncion;
Abandonad, poetas, vuestra lira:
Abandonad, artistas, los pinceles:
Renunciad á la gloria y los laureles.
¡En vosotros murió la inspiracion!

Mas no: volved al cielo vuestros ojos,
Volved al cielo la anhelante vista;
Que en él un alma encontrará el artista,
Genio el poeta, inspiracion los dos.
Eterno, incomprensible é infinito,
Lo bello es un misterio acá en el suelo.
¿Quereis un rayo ver? Mirad al cielo:
Qué lo bello absoluto solo es Dios.

II.

¡Oh Dios! Y pudieron de Europa los sabios,
Pudieron sus pueblos mas cultos un dia
Cegarse los ojos, mancharse los lábios,
Mancharse la lengua sacrilega impia,
Diciendo: «no hay Dios?»
¡Dijéronlo!!! Y presto siguió el escarmiento;
Alzóse en las aras el torpe egoismo,
Y al seno latiente, llagoso y sangriento
De las sociedades rodando el abismo
Lanzose feróz.

Lanzóse á su presa. Los pueblos gimieron:
Su Dios, sus creencias, su culto pidieron:
Y el interés dijo: «¡No hay mas Dios que yo!»
Y al grito del monstruo voló el sentimiento
Cual tórtola al silbo del grifo violento,
Y sola entre espectros la duda quedó.
Y el hombre se dijo:—«Mi reino es la tierra;
La dicha en los goces sensuales se encierra;
Mis dioses son oro, placer y salud.
Los cánticos hoy: la muerte mañana:
Gocemos, gocemos. La ronca campana
No ha de despertarme dentro mi ataud.—»

III.

Y asida á la horrenda nada
El alma desventurada
Solo vió la muerte helada
En las obras del Criador.
Y el sol nació para hundirse,
Los seres para destruirse,
El árbol para podrirse
Y para ajarse la flor.
Y á los ojos de la ciencia
El miedo fué la conciencia,

Los nervios la inteligencia,
El cerebro la razon.
Y fué en su deslumbramiento
Habitudo el sentimiento,
Los vicios temperamento,
Las virtudes decepcion.

Y lo bello y lo infinito
Del alma en el fondo escrito
Como ilusion fué proscrito
Por el ateismo atroz.
Y en oro y ciego anegado,
De vino y placer saciado,
El hombre al bruto igualado,
No fué la imagen de Dios.

IV.

Fué el fantasma sin ser de Berkeley:
Fué de Holbach el cadaver animado.
La ley de la materia fué su ley:
El hado de las bestias fué su hado.

Hombres! Pueblos!!! ¡Temblad!...Ved el ejemplo
De eterno luto, de eternal leccion,
Cuando el pueblo francés alzó en el templo
La burlesca deidad de la razon.

¡Lutecia fué Babel! Sangriento yugo
Impuso desde el solio el ateismo;
El solo magistrado fué el verdugo...
Con el culto apagóse el idalismo.

Mas ya vá el frenesí pasando al hombre,
Y de Adán la infeliz posteridad
Sabe ya que de Dios con solo el nombre
Se puede reformar la sociedad.

V.

¿No veis esa aurora naciente y dudosa
Que empieza á asomarse de Oriente al confín?
Despiertan al alma sus rayos de rosa
Y la pesadilla ya toca á su fin.

En antros oscuros se esconde el ateo:
Proclaman á Dios las Galias y Albion:
Proclámalo el mundo. Celeste trofeo,
El Libro es signo de la salvacion

Al mundo en naufragio ya el alba se asoma:
Ya vuelve á la tierra la cándida fé:
Y al arca retorna la blanca paloma
Un ramo de oliva trayendo á Noé.

VI.

La humanidad, despojada
De sus creencias magnificas,
La vista en llanto arrasada
Vuelve al cielo con dolor;
Y escualida y abatida
Lava con amargas lágrimas,
Magdalena arrepentida,
Las plantas del Salvador.

Y en los aires suspirando
De la esperanza los cánticos
Se escucha un acento blando
Como el arpa de David.
Y mostrando con las manos
Las sacras tablas y fatidicas,
Moises nuevo, el génio humano
Desciende del Sinai.

Y el sublime cristianismo
Es la religion poética,
Y el desolante ateismo
Apaga la inspiracion.
Y de las artes el coro

Bebe en las corrientes biblicas,
Y con sus alas de oro
Las cubre la religion.
Y la alta filosofia
Arroja de si al incrédulo
Y solo en la loca orgia
Le permite blasfemar.
Y entre el vino y los cantares
Su mano en el muro espléndido
Traza el *Mane-Tekel Fares*
Del festin de Baltazar.

VII.

¡Salud, salud! Lo bello no perece:
Lo bello es inmortal: Dios es lo bello.
La belleza en el alma es un destello:
Un rayo, una feliz revelacion.
¡Dado me fuera mi encendido labio
Aplicar á la mística corriente
Y del Jordan en la inextinguible fuente
Beber la celestial inspiracion!
Dios, que me dió la fé, negóme el genio!
Si en su llama abrasarme le pluguiera,
Mi calcinada lengua repitiera
En el horno los cantos de Daniel.
El genio es el enviado hoy de los cielos
A ejercer el sublime apostolado,
A reconstruir el templo derribado,
Nuevo Ciro, inmortal Zorobabél.
Que su santa mision el genio cumpla!
Humilde Israelita, simple obrero,
Para el templo por siglos duradero

Traigo un grano de arena yo tambien.
¡Por qué mi genio es una flor sin germen?
No importa: otros ingenios recibieron
Las mil lenguas de fuego que llovieron
Sobre el santo Cenáculo en Salém.
Solo á sus labios repetir es dado
La dulce voz de los antiguos dias,
Y entonar las celestes armonias
Al inspirado sol de su laúd.
Ellos solos no mas, el genio solo
Puede al hombre volver la fé perdida,
Alimentarlo con el pan de vida,
Bañarlo con el agua de salud.
¡Incomprensible ser! Yo pude un día
Dudar de ti!.... Mi error duró un instante,
Y aun rueda en mi púpila palpitante
La gota corrosiva del dolor.
Tú me diste el instinto de lo bello,
Y ese instinto alumbró mi inteligencia.
Lo bello es la raiz de la creencia,
La fuente del saber y del amor.
Yo ví la tierra, y no aclaré mis dudas:
Yo ví el espacio, y no creí por eso:
Yo ví lo bello en mi interior impreso,
Y su luz engendró mi conviccion.
¡Omnipotente Dios! Si la plegaria
Puede elevarse hasta tu trono santo,
Acepta con bondad mi humilde canto.
¡Un poema es tambien una oracion!

FRANCISCO MUÑOZ DEL MONTE.

LA ROMERIA DE SAN ISIDRO.



ASADO mañana es San Isidro, me dijo hoy hace nueve años cierta niña de cabellos rubios, cara redonda, ojos grandes y cuerpo esbeto por quien yo entonces suspiraba, y á quien todavia miro con gusto cuando la encuentro, no obstante la no muy lisongera celebridad que despues ha sabido conquistarse y que como un genio maléfico se ha interpuesto entre nosotros.

—Es verdad, la respondí con toda la sencillez de un mozo recién llegado de un pueblo de Provincia, sin sospechar siquiera que en aquel: *Pasado mañana es san Isidro* iba envuelta una peticion que yo debia satisfacer.

—¿Y no vas á la romería? me preguntó despues de un rato de silencio, y mientras que con la cabeza baja y afectando un candor adorable, deshacia uno de los flecos del pañuelo de seda que cubria sus hombros.

—Oh! si, si Dios quiere, contesté. Y supongo que tú tambien iras, añadí en seguida; porque, segun me han dicho, es fiesta á la cual concurre todo Madrid.

—Si; pero ami no sé si mamá me dejará ir.

—¿Y por qué no te ha de dejar?

—Qué se yo. ¡Si tú quisieras decírselo y ofrecerte á acompañarnos!

—Con muchísimo gusto, alma mia.

Y sin aguardar mas insinuaciones, fui á entablar mi demanda cerca de la presunta suegra, que por ser el primer favor que la pedia—palabras testuales—accedió con gusto á mis ruegos.

Llegó, por fin, el día 15, y llegaron las diez de la mañana del mismo, hora en que habia prometido ir á buscar á mi nueva familia. Con este objeto, salí, pues, de casa, no sin haberme acicalado lo mejor que pude, y me dirigí á la Puerta del Sol.

—¿Una calesa, mi amo?

—¿Una tartana, señorito?

—¿Un coche cabayero? me gritaron á un mismo tiempo tres al parecer, hijos de Lavapiés, ó de Maravillas, disfrazados con largos y pintados chaquetones, vulgo caleseras, en cuyos anchos bolsillos todos tres tenian sepultadas las manos.

—Quiero un coche; les respondí con todo el aplomo que me daban mis pocos años, y el orgullo del que por primera vez iba á parodiar el papel de un gran señor.

—Pus que no haiga noveá, mi amo.

—Buena ventura, tio Pedro, replicaron á duo dos de los interpelantes.

Por mi parte ajusté con el 5.º el vehiculo que deseaba, metime dentro de él é hicime conducir á la casa de mi novia, á quien, sin embargo de que todavia la faltaban algunos alfileres por prender, encontré pateando de impaciencia. Pocos momentos despues, su hombro izquierdo ibase rozando con mi hombro derecho, mientras que las piernas de



la mamá trasmitian á las mías un calor insoportable.

—Sooó! gritó á poco rato el cochero: habíamos llegado á la pradera de San Isidro.

El espectáculo que al poner pié en tierra se presentó á mis ojos, me dejó agradablemente sorprendido. Una muchedumbre inmensa, mas de 40,000 personas ocupaban ya aquella campiña, de cuyo fondo salía una gritería infernal, un indescriptible vocerío cuyos ecos, cortándose el paso unos á otros, no dejaban llegar á mi oído ninguna palabra clara, ningun sonido completo, y si solo un rumor sordo y confuso capaz de aturdir la cabeza mas acostumbrada á esta clase de conciertos.

—¿Hacia dónde vamos? me preguntó mi novia, al mismo tiempo que enlazaba su brazo con el mío.

—Hacia donde Vds. gusten, respondí maquinalmente. Y echamos á andar sin dirección fija.

A los pocos pasos ya pude distinguir algunas de las voces que daban los vendedores, de entre los cuales el que primero escité mi curiosidad, fué una vieja que sentada al principio de una improvisada calle, pregonaba con toda la fuerza de sus pulmones:

¡Torraos! ¡Torraos como avellanas! al mismo tiempo que con el brazo estendido presentaba á los transeúntes unos cuantos granos blancos y redondos que tenía en el hueco de su mano, y en los cuales hallé ó creí hallar efectivamente, alguna semejanza con los granos de avellana.

—¿Qué fruta es esta? pregunté á mi novia.

—Torraos.

—Gracias, pero quedo lo mismo que estaba.

—¿Y qué quieres que yo te diga, sino sé darte otra explicación? Mamá ¿sabes lo que son torraos?

—Pues qué ¿no lo sabes tú? garbanzos tostados.

—¡Ah! exclamé: ¿con qué aquí se tuestan los garbanzos, se les dá otro nombre y se venden por fruta?

En el momento en que mi presunta suegra abría la bo-

ca para contestarme, sentíme separado de ella por una muralla viviente, que interponiéndose entre nosotros, me obligó á juntar mi cara con la cara de mi novia y á recorrer en esta disposición unos veinte pasos de camino. Cuando me dejaron libre, hálleme metido en un infierno.

¡Leche de viejas!

¡Avellanas!

Anisete fino ¡á 2 rs. la boteya!

¡Agua como la nieve, agua!

¡Campanillas del santo!

¡Piñones!

¡Perfecto amor! ¡Quién lo quiere, cabayeros?

A seis reales la libra ¡dulces finos!

Botijos ¡el botijero!

¡Nueces, nueces!

Rosquiyas como manteca ¡rosquiyas!

Leche de las navas ¡leche!

Todos estos artículos y otros mas, cuya lista bastaría ella sola para llenar un número de nuestro periódico, pregonaban á un mismo tiempo y con discorde monotonía, cien y cien voces capaces de destruir el oído menos delicado.

Afortunadamente la llegada de la perdida señora vino á sacarme de aquel infierno.

—Vamos, vamos al alto, porque aquí me ahogo: me dijo agarrándome del brazo y arcastrándome hacia uno de los cerros que guarnecen aquella campiña.

—Si, vamos, la contesté; por que este ruido tambien á mi me marea.

Aunque no sin mucho trabajo, pudimos, al fin, verificar nuestra pequeña ascension y llegar á la cima de la montaña, desde donde me puse á contemplar con gusto la magnífica perspectiva que la naturaleza, los hombres y San Isidro presentaban á mis ojos.— Abajo, á nuestros pies, un mar de cabezas humanas, cuyo continuo movimien-



to parodiaba bastante bien el oleaje del embravecido oceano: de frente, la populosa Madrid con su millon de chimeneas, torres, campanarios y miradores; el arca que habia vomitado toda aquella gente, y desde cuya orilla salian dos pintados brazos que venian á perderse en la pradera del santo: á un lado, la mezquina capilla, con su fuente de cien virtudes: al otro, la arboleda del canal, y en lontananza la campiña de Vallecas y los cerros de Bacia-Madrid.

El cuadro no podia ser mas pintoresco, sobre todo,

si se tiene en cuenta el verdadero mosaico que representaba la pradera, mirada á vista de pájaro como nosotros la mirabamos desde la cúspide del cerro. Aquí un gorro de señora al lado de veinte hermosas cabezas descubiertas: allí una sombrilla de color de sangre: mas allá un enorme paraguas de cruda lona: acílla un baile: al otro lado una comida camprestre: mas aca las cubiertas de las improvisadas chozas que los fondistas habian construido: seguidamente cien y cien puestos de pan, dulces y frutas,

y un gran número de tiendas de licores—medio cuartillo de agua, una copa de aguardiente y dos cuartos de azucar cada botellita, vulgo frasquete—campanillas, cacharros, chuletas, muñecos, salchichon, aleluyas, jamon, etc. etc.

Y de enmedio de este cuadro veíase salir de cuando en cuando, el sombrero de un manolo, cuya cabeza, demasiado cargada de mosto, no llevaba á mal que su amo endiera los aires con la cobertera, y el medio cuerpo de un daudy ó de un chalan, que haciendo caracolear á su cabalgadura abríanse paso por entre la apiñada muchedumbre, á quien mas de una vez solian arrancar gritos de dolor ó de indignacion.

En aquel momento los gritos, si á mi llegaban, ni me conmovian ni me hacian suspender mis observaciones: hallábanse en puerto seguro. Mas tarde héme visto precisado á exaltarlos á mi vez, gracias á un pisoton que me deshizo un callo y que por poco me deshace un pié: ¿habré conmovido á alguno con ellos? creo que no; porque el corazon humano es eminentemente egoista.

Bajo la dolorosa impresion de este acerbo dolor, entré en la fonda del señor Perona: la hora de comer habia sonado y los estómagos de mis damas pedian alimento. Comimos, pues, ó mas exacto, comieron ellas: el contratiempo que acababa de experimentar en mi destrozado pié, habíame quitado, no solo el apetito, sino tambien el humor *observatorio*—perdon señores hablistas—y hasta la gana de reir. Asi fué que de la fonda saqué un contratiempo mas: un mocito que con otros amigos suyos estaba destripando alegremente unas botellas de jerez en la mesa mas próxima á la que nosotros ocupábamos, tuvo la diabólica ocurrencia de asertar una bolita de pan á las narices de mi novia, y yo quise pagarle esta caricia con un bofetón. Como él no se hallaba de humor de recibirle, nos *empelotamos*, y de esta pelotera salí con el frac rasgado, la cara arañada y la seguridad de un *lance*. Por la mañana todo habia sido flores: la tarde iba presentándoseme con demasiadas espinas.

Sin embargo, lejos de acceder á las instancias de mamá suegra para que nos retirásemos, me empeñé en no salir de la romeria sin haberlo visto todo, y todavía no habia entrado en la capilla ni bebido agua de la fuente *santa*: por consiguiente, á la salida de la fonda, tomamos rumbo hácia el punto donde aquellas estan situadas. A duras penas y á costa de mil apretones, pude penetrar en la primera: vi el santo, unas cuantas limosnas que los devotos le transmitian por conducto del santero, la pila del agua bendita y me retiré, por supuesto, despues de haber hecho la señal de la cruz, y de haber sufrido otros tantos apretones como la entrada me habia costado. En seguida fui á examinar la fuente, en la cual, dicho sea de paso, nada hallé que escitara mi curiosidad mas que los siguientes versos, grabados en la piedra de donde brota:

«¡Oh! ahijada tan divina
»como el milagro lo enseña,
»pues sacas agua de peña
»milagrosa y cristalina.
»El sabio al raudal se inclina
»y bebe de su dulzura;
»pues san Isidro asegura
»que si con fé la bebieres
»y calentura trujeres,
»volveras sin calentura.»

Ademas de esta virtud que la tradicion ó los versos atribuyen al agua *santa*, el vulgo asegura que tiene las de curar á las cloróticas, casar á las que desean marido y proporcionar deliciosos ensueños á las doncellas que la be-

ben con fé. Por mi parte, á la vista del sinnúmero de manos que andaban revolviendo las virtudes de la fuente milagrosa, no solo me negué á beber, sino hasta me opuse á que mi novia saborease aquellas, entonces non-cristalinas, aguas; sin duda por esto, uno y otro estamos todavia solteros.

El pié seguía mortificándose, á pesar de la brecha que con mi cortaplumas habia abierto en la bota, las borracheras se iban multiplicando y el número de romeros disminuyendo: teniendo, pues, en cuenta esta trinidad de razones, nuestra otra trinidad se decidió á emprender la retirada para Madrid. Con este objeto dirigímonos al primer cocheró que alcanzamos á ver, y el cual puesta la una mano en la portezuela del carruage que tenia abierta, y sosteniendo en la otra su formidable tralla, nos recibió con una sonrisa de satisfaccion.

—¿A Madrid, cocheró? le pregunté.

—Solo aguardaba á Vds., mi amo.

Aunque era la primera vez que aquel hombre me veia, pronto, sin embargo, pude esplicarme el sentido de sus palabras: dentro del coche habia ya tres personas, y solo esperaba otras tres para hacer carga llena, y emprender el *viage*.

—Que me pisa osté el vestio, señor! me dijo al disponermé á tomar asiento en medio de mis compañeras, una de las tres personas que ocupaban los del frente.

—Usted dispense, alma mia.

—Oiga osté só usia: no güelva osté á yamar alma suya á esta señora, si no quieé salir mal; me respondió un mocito flaco, ruin y cariacontecido, que, lleno de zumo de parra hasta las narices, se tambaleaba en medio de dos mozas de pura raza española que, al parecer, tambien habian empuinado de lo lindo, y en cuyos ojos, aunque medio cerrados por el vino, se encontraba todavia esa chispa de fuego que solo en las miradas de nuestras arrogantes y airosas manolas se encuentra.

—¿Tan terrible es Vd., señor curro? le pregunté riendome, seguro de que el pobre mozo no podia hacer otra cosa que hablar.

—Qué osté abajase conmigo del coche y sabel lo que soy?

—Hombre, no; conozeo que es Vd. atroz, y por lo tanto me doy por muerto.

—A mí no me venga osté con *coba*, tio tía; porque á mí no la dá osté.

—Eja al señor sultú, chico, y has cuenta que no viene naide; añadió dirigiéndose á mi interlocutor, una de sus lindas compañeras.

—Vd. puede estar segura de no incomodarme, buena moza.

Y estas palabras que un momento antes hubieran puesto de mal talante al buen manolo, obraron esta vez en él un efecto admirable.

—Güeno, me dijo, siguiendo los impulsos de una de esas transiciones que tan comunes suelen ser en los borrachos: pus entonces toos semos amigos, y pá probalo quisiera tenel aqui una copa pa bebelá con osté.

—Gracias, hombre, gracias; creo en su palabra sin necesidad de la copa.

—Pus entonces, hágame osté la gracia de un cigarro.

Pero el pobre diablo no estaba ya para fiestas.—El humo del habano que le di, el movimiento del coche, los gritos de los transeuntes y el ruido de los mil carruages que pasaban descompusieron su máquina hasta el punto de obligarle á depositar sobre mis rodillas una gran parte de las materias líquidas y sólidas que contenia su estómago.

Este fué el último contratiempo de aquel día. Habíamos llegado á Madrid, y el señor manolo nos dejó, ya algún tanto mas aliviado. Por mi parte, entré en mi casa con un frac y un pantalon inútiles, y cuatrocientos reales de menos en el bolsillo. Desde aquel año no he vuelto con mu-

geres ni majos á la dichosa romería: un mes antes de San Isidro acostumbro, desde entonces, á cortar todas mis relaciones amorosas.

F. J. PINEDA.

MADRIGALES.

I.

MAÑANA.

(Imitacion de Parry.)

No mas para mí, ELISA,
brillen tus ojos, ó hable tu sonrisa:
no mas, traidor, en amoroso juego
me ofrezca el labio puro
miel que trueca perjuro
de ponzoña mortal en vivo fuego.

¿Para qué son amores
si, mientras mas fogosos, tus rigores
en humo vano, ELISA, los convierten?
No mas necia esperanza
que nunca el bien alcanza;
y dolores, no mas, que te divierten.

No mas horas perdidas:
mañana tuya soy, dices, y olvidas
que cuando el tiempo de promesa vana
disipa la quimera,
tambien la primavera
marchita de la edad cada mañana.

Asi que, tus engaños
no siempre durarán: los tristes años
sobre tu faz imprimiran su huella;
y mañana, cuando
por mas que lo lloremos,
menos ardiente yo: tu menos bella.

Y de esperar cansado
verásme de la arena retirado,
inútil lidiador; y tú, mi dueño,
mañana, y cada día,
llorarás tu porfia,
y del amor perdido el dulce sueño.

II.

A UNOS OJOS.

Vela tus ojos, niña, ... ó no los veles:
igualmente crueles,
velados ó sin velo,
roban á mis amores el consuelo;
que, si velados ¡ay de mí! suspiro
por verlos; y deliro
si, abiertos, no me miran,
ó en torno, alevés, de otro amante giran:
como las simplecillas mariposas
esquivando las rosas
el ala reluciente
queman incautas en la llama ardiente.

Mas como ellas y tú quiero la suerte
de morir de esa muerte,
hallando á mis enojos
temprano fin en tus divinos ojos.

III.

EL AGUA Y LA FLOR.

Abrasada del sol en el estío
y falta de rocío,
la flor hermosa que miraba al cielo
su tallo con dolor inclina al suelo;
pero si amiga mano diligente
el cristal de la fuente
sobre sus hojas y en su pié derrama,
de la vida á la flor vuelve la llama,
y otra vez con orgullo
se mece de las auras al arrullo.
Yo soy la flor marchita:
el agua tú seras que resucita.

IV.

LO QUE ES ELLA PARA MÍ.

Otro celebre en son grato al oído
el cantar de las aves no aprendido;
ó las pintadas flores
con sus ricos olores;
ó el manto azul que en la celeste esfera
los refulgentes astros reverbera:
que tú para mi amor, Julia, en el suelo
¡cuando la rosa, el cielo

V.

SUS LABIOS.

Puros, rosados, frescos, relucientes;
dulces á quien los mira; al tacto ardientes;
y, si oprimidos, blando
aroma y miel brotando....
Pétalos de una flor lozana y pura
dirás que son; pero mi amor te jura
que tus labios son esos
cuando, abeja de amor, los libo á besos.

VI.

UN Deseo.

(Imitacion de Nicolini.)

¡Ay quien fuera cual tú, dulce arroyuelo,
de linfas transparentes!
Díote benigno el cielo
pureza, canto, amor, mansas corrientes.

RAFAEL MARIA BARALT.

UN LANCE DE CARNAVAL,

6

UNA BROMA DE MI SUEGRA.

(Continuacion.)



—¿Qué diantres tienes? te vuelvo á preguntar; gritó con mas fuerza mi muger. ¿Por qué te has quedado con la boca abierta como un tonto, y los ojos espantados y fijos en la pared?

—¿Qué, qué? ¿tengo los ojos espantados? Miralo bien y no te chacees, que es cosa muy seria; creo que me estoy volviendo loco.

—Já, já, já. ¿De veras? Pues ¿sabes que me alegraria, solo por ver que mania tomabas en la jaula?

—Probablemente no sería la de pensar en tí, maldito escuerzo!

—¡Oiga! ¿Con que se enfada el señor? Mamá! ¡ven á hacer una caricia á tu querido hijo que, segun parece, despierta de mal humor!

—¿Quieres callar?

—No, ¿y tú?

—Patricia, no estoy para juegos: por Cristo bendito, tengamos la fiesta en paz.

—Bah! No hay cosa mas monotona y mas insulsa que la paz ¿No me decias eso-cuando me hacias rabiar, de soltera?

—¡Que no te hubiera dicho y hecho lo bastante para que te hubiera llevado el demonio, antes de casarte conmigo!

—Mamá! Mamá! Que tu hijito quiere bailar polka: anda

Y como yo nada deseaba menos que el ver la cara de mi suegra, y conociese, por otra parte, que serian inútiles cuantas súplicas hiciese á mi muger, para que me dejara en paz, tomé el partido que me pareció mas prudente, que fué el de saltar de la cama, vestirme lo mas aprisa que pude, y sin hacer caso á las insolentes pullas que me dirigia, lanzarme fuera de casa.

Puesto ya en salvo y en la calle, encaminé mis pasos á la morada de un amigo con quien la noche antes habia estado en el café, y con quien, segun mi sueño, habia tambien ido desde el café á las máscaras. Mi amigo estaba durmiendo, pero yo le desperté.

—¿Qué diablos traes por aquí tan temprano? me dijo al poner en mí sus ojos. ¿Te ha sucedido, algo ó es que te reti-

ras ahora, y has querido fastidiarme antes de meterte en la cama?

—No, contesté. Salgo ahora de casa, y hace un rato que he salido de la cama.

—Pues entonces, ¿qué es lo que te trae por aquí?

—El deseo de verte, ó mas bien el de saber dónde has pasado la noche.

—¡Bueno! murmuró, haciendo un gesto bastante significativo.

Y acurrucándose entre las mantas, dió media vuelta y me volvió la espalda.

—Chico, no te incomodes; porque el asunto que motiva mi venida, es mas sério de lo que parece. Dime la verdad; ¿has estado anoche en Villahermosa?

Al oír esta pregunta, y mas que todo el tono en que fue hecha, mi amigo volvió la cabeza, y comenzó á mirarme de un modo bastante extraño. Por lo visto, nada halló en mí que le alarmara, porque despues de un breve exámen me dijo con marcado mal humor.

—¿Sabes que maldita la gracia encuentro á la ocurrencia de venir á incomodarme asi tan tontamente?

(Se concluirá.)

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DEL NUMERO ANTERIOR.

Mi dolor ó mi cuidado, comedia por Ramon de Armas.

GEROGLIFICO.



Este periódico sale todos los domingos.

Cuesta 5 rs. mensuales en Madrid, y 6 en provincias. Para los suscritores á la *Reforma* un real menos.

Se suscribe en Madrid en la administracion de este periódico, y en las librerias de Castillo, Gaspar y Roig, Monier y Gonzalez. En provincias, en casa de los comisionados de la *Reforma*, y en todas las administraciones de correos.

LA REDACCION Y ADMINISTRACION se halla en la calle de la Magdalena, número 17, cuarto bajo.

La correspondencia se dirigirá al administrador, franca de porte.

MADRID.

Imprenta de LA REFORMA, A CARGO DE L. BARTHE,
Calle de la Magdalena, núm. 17, cuarto bajo.

